

RESEÑAS

Eduardo Paz Leston (editor). *Cartas a Angélica y otros. Victoria Ocampo. Buenos Aires: Editorial Sudamericana, 1997.*

En este volumen Eduardo Paz Leston ha prologado y anotado para La Editorial Sudamericana las cartas escritas por Victoria Ocampo a su hermana Angélica y a algunas otras. Los originales de esta compilación se encuentran en la Biblioteca de la Universidad de Princeton, New Jersey, y la edición de Paz aclara la identidad de los corresponsales y de las personas aludidas. Los cortes efectuados por el editor fueron motivados según él por dos razones “se ha procurado no herir los sentimientos de algunas personas mencionadas en ellas y se han suprimido repeticiones y detalles tediosos. Algunas iniciales han sido cambiadas” (13).

Las cartas fueron escritas entre el 23 de enero de 1929 y el 12 de diciembre de 1975, y llegaron a la Argentina de los lugares a los que viajaba Ocampo con mayor frecuencia: París, Londres y Nueva York. El editor distingue tres etapas en esta correspondencia. La primera (1929-1940) corresponde a la de las primeras publicaciones de Victoria Ocampo y la creación de la revista *Sur* y de la editorial Sur. En la segunda, que abarca la guerra y la posguerra (1940-1955), Ocampo publica la segunda serie de sus *Testimonios*. Y la última etapa, desde 1955 hasta su muerte en 1979, fue marcada por los premios y las condecoraciones.

En esta correspondencia Ocampo revela de la manera más llana sus convicciones ideológicas: “Está bien que exista el comunismo. Si no me gustaran tanto las cosas lindas, limpias, el

lujo, (ah! J'aime le luxe, como diría Drieu), sería comunista...” (52). Combativa en el campo de los derechos de la mujer, aboga por la restauración de la pena de muerte para condenar la violación (224) o denuncia el machismo de los “cerdos sin compostura” de “los pueblos islámicos” (216). El epistolario le ofrece un espacio para iniciar futuros ensayos y conferencias a partir de meditaciones sobre temas como el cristianismo (65-76), cuidadosamente señalados por Eduardo Paz Leston en las notas. La importancia de la escritura epistolar en el pensamiento de Ocampo ha sido poco estudiada y Ocampo comprueba aquí más que nunca su relevancia. Concluye en su carta del 28 de agosto de 1946: “Cuando me pongo a escribir una carta, escribo en ella un artículo. Por esa razón, cuando escribo un artículo, escribo una carta. Por eso también escribo mal las dos cosas.” (76).

Según Ocampo “No hay pocos ejemplos de grandes escritores de cartas en la literatura,” y “La carta es, como el ensayo o la novela, un género literario” (237). Si bien forman para ella un género literario, su carácter testimonial es igualmente innegable. Estas cartas documentan la vida espiritual de las iglesias de Harlem en mayo de 1930 (42-46), la penuria y el racionamiento de posguerra en Inglaterra (55-60), la política de la natalidad bajo Mao (212), la muerte de Kennedy (156-159), de Onassis (216), la guerra de Argelia desde el relato preciso de la familia Camus (120-123), o el final de la dictadura franquista. Por eso las cartas se convierten a veces también en instantáneas fotográficas y contingentes de personas destacadas de las letras como Soledad Ortega, o Gabriela Mistral –de quien ofrece un conmovedor retrato en el umbral de la muerte (101-105). También relata sus encuentros con músicos como Stravinsky (143), o políticos como el General de Gaulle (184-186). El carácter anecdótico e intimista no falta de interés en algunos de los retratos que ofrece de los que fueron personas antes de convertirse en personajes: “En cuanto a Jacques Lacan”, escribe en 1930, “es un individuo no menos singular en otro género. Inteligente y ambicioso. Lleno de no sé qué energía desahogada que lo devora física y moralmente. Con sueños napoleónicos de poderío... Lo que puedo decirte es que la ambición de Jacques es algo por el estilo de la de Napoleón... cuando era Buonaparte” (20-21).

Encontramos a lo largo de este epistolario una Ocampo impaciente que le reprocha a Angélica con mucha frecuencia la escasez de cartas o la falta de respuestas a sus preguntas de orden casero. Más quizá que en otras correspondencias de Ocampo, la

presente, por su destinatario, adquiere un tono familiar y una honestidad que revelan a menudo el carácter utilitario de sus relaciones al no poder prescindir de “buena compañía”: “Lacan es muy extraordinariamente inteligente, pero de carácter intolerable –peor que Drieu a pesar de ser totalmente distinto–. Nos peleamos diariamente y a cada rato tomo la resolución de no verlo más. Pero como no tiene reemplazante que se le asemeje, lo sigo viendo” (24) O en éste otro comentario: “Ayer estuve también con la ministra de Alemania en Bruxelles, mujer bastante simpática. Como tengo intención de ir allí el 18 (Ansermet dirige dos conciertos en esa ciudad), me podrá ser muy útil esa relación” (25). Sobresalen también punzantes críticas como la de las “gentes del grupo de Tristan Tzara y demás cagatintas del primer élan surréaliste” (24) o del “cretino” de Freud (217) en su pormenorizante y deficiente lectura de la mujer castrada.

Con mucha frecuencia también en estas cartas encontramos algunos de sus pedidos, como los de conservar una de sus cartas (146) y un artículo que manda desde Europa para ese archivo en el que iba a convertir su propia autobiografía. Las solicitudes, a veces autoritarias (167) dejan entrever un carácter impaciente y desbordante de vitalidad. Es también interesante para quienes estudien la composición de las memorias de Ocampo descubrir, en estas cartas, cómo esa organización del material publicado luego en su *Autobiografía* ha sido un proyecto casi coactivo en el que involucró a muchos: “Angélica decile a Antonio que si me hace imprimir las memorias en Turín o Milán, se las doy a Sudamericana (él anda en tocamientos con las casas impresoras italianas para Hermes). Pero quiero mucha ilustración. Fryda pedile al fotógrafo que fotografíe los Helleu que están en San Isidro” (176) Ocampo revela incluso algunos de los primeros lectores de las memorias y sus opiniones, como lo fue Roger Caillois (175), y las editoriales interesadas en su proyecto (150). También descubrimos en 1975 la reacción de Ocampo desde Nueva York a la edición argentina de su último testimonio (228). Este epistolario confirma, como ótros, el atractivo que presentaban las memorias, biografías y autobiografías en la formación literaria de Ocampo: las de Lady Ottoline (17071), *Los castaños Boulogne* de Alain Malaroux (172), la de Jennie Churchill (222). En los comentarios a esas lecturas Ocampo reitera la posibilidad que le daba la carta como espacio para la crítica literaria.

Las cartas a Angélica tienen además la ventaja de presentar a la Victoria Ocampo políglota, expresándose al son de la palabra que más pronto le llega, tan espontánea en español como en francés, salpicando su discurso de inglés cuando escribe desde Londres o Nueva York. Por esta precisa razón son lamentables las numerosas erratas en la transcripción de la correspondencia en francés (“de” y no “dé”, “peinture” y no “painture” pág. 16; “lèvent” y no “levent”, “ou” y no “o” pág. 44; “des” y no “de” pág. 216; “Revenions” y no “revenion”, “des” y no “de” pág. 45; “heureuse” y no “hereuse” pág. 68, entre otras) en inglés (“if” y no “is” pág. 46; “wherever” y no “wheever” pág. 141), y hasta en español (“mi” y no “mí” pág. 218; “sólo” y no “solo” pág. 238). Aunque Ocampo manifieste a veces vacilaciones ortográficas propias de su tendencia a la hipercorrección (105, 144), hubiera sido útil distinguir las erratas de esta edición de los errores cometidos por Ocampo (escasamente señalados, pág. 120). La traducción de las cartas y expresiones inglesas y francesas ha sido más lograda que su transcripción y facilitará la lectura de las mismas al lector que no hable esos idiomas.

El presente libro se cierra con una selección de fragmentos de dos cartas manuscritas de Victoria Ocampo, la biografía consultada por el autor y el índice de las cartas por fecha y lugar de envío. Las notas acertadas (al pie de cada carta para una lectura más cómoda) serán útiles para el investigador o el lector interesado en las referencias bibliográficas de Victoria Ocampo. La nota “anotada” número 10 en la página 164 deberá corregirse. Quizá falte una numeración de las cartas y un índice onomástico final para propósitos críticos. Por lo general es una edición hermosa ilustrada con fotos de los personajes aludidos en las cartas e identificados al inicio de las notas. La labor de Eduardo Paz Leston se une a la de Odile Felgine y Laura Ayerza de Castilho en la compilación de la correspondencia de una de las escritoras más prolíficas de nuestro siglo que merece sin duda alguna mayor atención.

Irma Vélez
City College of New York, CUNY